

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



EL P. ISLA.

No de los españoles mas notables del siglo pasado, tanto por sus amenos escritos, como por su vasta erudicion, fue el P. Isla, que ocupa un lugar distinguido entre sus muchos sabios contemporáneos.

Segunda serie.—Tomo II.

D. José Francisco de Isla nació en Vidanes á las inmediaciones de Valderas, en Leon, el día 25 de abril de 1703. Su padre D. José Isla de la Torre pertenecía á una de las familias principales del pais, y su madre doña Ambrosia Rojo no fue la que menos contribuyó con sus

26 de abril de 1840.

conocimientos nada vulgares á los rápidos adelantos de su hijo. Dotado de un talento precoz, y de una aplicacion incansable, demostró desde su infancia lo que habia de ser en lo sucesivo; de modo que á la edad de 11 años se graduó ya de bachiller en leyes. Cuatro años despues trató de casarse con una señorita de su edad, pero reflexionando ambos en sus pocos años, determinaron dilatarlo á pesar de lo adelantado que estaba el negocio. Bien distante se hallaba entonces el jóven Isla de pensar el género de vida tan opuesto que habia de llevar en lo sucesivo, y tanto mas que desde pequeño habia demostrado una especie de aversion genial y decidida contra los jesuitas: pero algun tiempo despues cambió de tal modo y tan de repente, que pasando de un extremo á otro, determinó entrar en la compañía, y á pesar de las instancias de sus padres, y de la perspectiva halagüeña que se presentaba á los ojos de un jóvea noble, bien acomodado, y de una nombradía ya mas que comun á la edad de 16 años, fue tal el teson con que se sostuvo, que sus padres hubieron de condescender bien á pesar suyo, y tomó la sotana en el colegio de Villagarcía de Campos el año de 1719.

Durante su noviciado, habiendo caido en sus manos una obrita francesa que contenia una novena de S. Francisco Javier, la tradujo al castellano como por entrenamiento, á pesar de no saber casi la lengua francesa y carecer de diccionario: hizo esta pequeña version con tal exactitud y propiedad que habiéndola visto su maestro le exhortó á continuar en aquel trabajo, y en efecto pocos años despues, mas enterado ya en el francés, dió á luz la *vida de Teodosio el grande* escrita en francés por Flechier que está justamente reputada por uno de los buenos modelos de traduccion, y de las obras mas correctas en su clase.

Habiendo pasado á estudiar á Salamanca dió pruebas de que no era menos para la inventiva que para la traduccion: escogióle el P. Losada para ayudarle á escribir en las fiestas que se hicieron en Salamanca con motivo de la canonizacion de S. Luis Gonzaga, sobre las cuales se le habia encargado componer un libro que tituló *La juventud triunfante*: desempeñó Isla con tal gracia la parte que se le confió de la descripcion de la mogiganga, y amenizóla con tales chistes, que se ha transmitido hasta nuestros dias; cosa que á buen seguro no hubiera logrado á no proceder de tan buena pluma. Esto fue lo que decidió á la diputacion de Navarra pocos años despues á encargarle la descripcion de las fiestas que se hicieron en Pamplona el año de 1746 con motivo de la proclamacion del rey D. Fernando VI. Era á la verdad empresa ardua, pues bien mirado, la diputacion no habia hecho mas que lo preciso del ceremonial, y ni aun eso habia visto el P. Isla que por aquellos dias habia estado ausente. A pesar de eso, hubo de condescender, y escribió el famoso folleto titulado: «*Día grande de Navarra. Triunfo del amor y de la lealtad* etc., tan célebre y tan vulgar que indudablemente fue de lo poco bueno que mandó hacer su diputacion en aquellas fiestas, que á no haber sido por la pluma del P. Isla yacerian como tantas otras sepultadas en perpetuo olvido.

Bien sabida es la persecucion que este folleto originó á su autor, por creerse, como suponian sus émulos, que debajo de aquellas alabanzas hiperbólicas se contenia una finísima sátira. A pesar de sus protestas y de su defensa tuvo que salir de la provincia: pero esto no impidió el que se despachasen dos copiosas ediciones.

Disgustado al ver la persecucion que le habia acarreado su obra original, retiróse al colegio de Villagarcía deseoso de disfrutar la tranquilidad necesaria para las

grandes obras que meditaba: volvió á sus traducciones, tomando con empeño la del *Año cristiano* escrito en francés por Croisset, que publicó ayudado por la real munificencia del rey D. Fernando, que le suministró los medios necesarios por conducto de su ministro el marqués de la Ensenada: al mismo tiempo tradujo tambien y dió á luz el compendio tan vulgar de la *Historia de España escrita en francés por el R. P. Duchesne* añadido por el traductor con muchas notas críticas, y unos versitos que sirven de encabezamiento á los capítulos, y facilitan el retener y traer á la memoria su contenido, de modo que podemos decir sin temor de equivocarnos que la traduccion es mucho mejor que el original. Desde aqui fue donde dirigió principalmente la mayor parte de aquellas graciosas *Cartas* que dió á luz su hermana doña Maria Francisca despues de su muerte. Pero lo que principalmente le ocupó en aquel retiro fué lo que el llamaba *su frailecito*, la famosa obra de Fr. Gerundio de Campazas. Viendo los muchos obstáculos que se oponian á su publicacion y á que saliese en su nombre, tuvo que darla á luz en Madrid el año de 1758 bajo la firma de D. Francisco Lobon, que no es nn seudónimo como algunos han creido, sino el nombre de un cura de Villagarcía, hombre tambien de conocimientos nada vulgares, y que contribuyó no poco á la conclusion de la obra.

Pero entonces no salió á luz mas que el primer tomo que fue arrebatado de manos de los libreros en menos de dos dias. Habiendo el rey leído uno de los ejemplares, le gustó mucho, tanto por el modo como por el objeto, y dió tales demostraciones de ello, que el comisario general que se hallaba presente no pudo menos de escribir á su autor dándole la enhorabuena: tambien la reina mandó que se le trajeran con todas las demas obras del autor, y hasta el pontífice leyó y aplaudió la obra luego que llegó á Roma. A pesar de eso, levantóse contra el autor una furiosa persecucion: acusáronle de que en su libro se contenian proposiciones heréticas y mal sonantes, y á pesar de haber sido aprobada por todos los sábios contemporáneos, entre otros los sábios benedictinos Feijoo y Sarmiento, y de la recomendacion que estamparon al frente los hombres de mas mérito (1) en virtudes y saber, se mandó suspender la segunda edicion del primer tomo, y la impresion del segundo. Pero habiendo obtenido alguna copia del segundo tomo, varios amigos suyos lo hicieron imprimir fuera de España: esto le acarreó otro disgusto todavia mas sensible para él, pues habiéndolo llevado á mal varios individuos de su religion, tuvo que sufrir un castigo no pequeño por haber tenido la debilidad de confiar el manuscrito á unos seglares antes de haber obtenido la aprobacion de su religion, sobre lo cual le reprendieron agriamente las personas mas notables de ella, aunque aprobaban en general la obra y el objeto. En cuanto á su mérito, es digno de notarse el testimonio del sábio literato D. Juan Sempere y Guarinos en su famosa obra titulada *Biblioteca Española de los mejores escritores del reinado de Carlos III.* «Esta obra (dice en el tomo 3.º) fue recibida con el mayor aplauso, como lo manifiesta el haberse vendido todos los ejemplares de ella en 24 horas.» Pero habiendo sido delatada al santo tribunal de la inquisicion, se prohibió de alli á poco tiempo. No obstante se cree que ha producido mucho efecto

(1) Fueron estos 4 individuos de la Real academia de la historia, á saber: D. Fr. Alonso Cano calificador de la Inquisicion y obispo de Segorbe, D. Agustín Montiano y Layando ministro de Gracia y Justicia, D. José Aguirre obispo electo de Barbastro, D. Juan Manuel Santander y Zorrilla Bibliotecario mayor de S. M.

en la reforma de la oratoria sagrada, sirviendo de gran freno á los malos predicadores, el temor de incurrir en la nota y apodo de *Gerundios*. Mientras se estaba tratando de la prohibicion de esta historia, escribieron varios papeles contra ella, particularmente uno del P. Marquina con el título del Penitente y otro de D. José Maimó y Rives traductor del método de estudiar del Barbadiño. A uno y otro respondió el P. Isla, al primero con cuatro cartas escritas por el mismo estilo que la historia de Fray Gerundio, y al otro con una apología. Fuera de España ha sido sumamente celebrada la historia del P. Isla. El marqués de Caraccioli, sugeto bien conocido por su piedad y literatura, en una de sus cartas escribía de esta suerte. «Me alegro que leas á Fr. Gerundio: esta obra pone á la vista del lector de la manera mas delicada todas las necesidades é ideas gigantescas de ciertos predicadores españoles. El autor, hombre de mucho talento, la ha compuesto para desacreditar los malos sermones, así como Miguel de Cervantes escribió su *D. Quijote* para desacreditar las aventuras de la caballería que reinaba entonces.»

Para mayor afliccion suya le fue preciso poco tiempo despues ir á Santiago donde estaban sus padres moribundos, y sus hermanas enfermas, teniendo que dejar su amado retiro y sus estudiosas ocupaciones; y desde allí pasó á Pontevedra donde se estableció. Allí fué donde le cogió la órden para la espulsion de los regulares de la compañía, el día 3 de noviembre de 1767.

Mostró en aquella ocasion su firmeza, pues deseoso de animar á sus compañeros desplegó todo su ingenio para traerlos entretenidos con su humor festivo y sus dichos agudos y oportunos: pero cuando llegó la hora de marchar, la naturaleza hizo su oficio, y le atacó una perlesia que le postró en cama poniéndole á las puertas de la muerte: fue preciso sangrarle á toda priesa, con lo cual se halló á los pocos días en disposición de marchar como lo ejecutó, á pesar de las ofertas que se le hicieron por las autoridades, y de las instancias de sus amigos que le reconvenían por esponerse á una muerte inevitable. Habiendo llegado á Santiago pasó inmediatamente á la Coruña donde se embarcó con los demas espulsos. Es indecible lo que en aquella situacion hubo de padecer: hacinado con sus compañeros de infortunio á bordo del navio Nepomuceno, tuvo que sufrir los trabajos de una larga navegacion, sin poder tomar tierra ni en los estados pontificios, ni en Toscana, ni en Génova, pues de todas partes los rechazaban las costas inhospitalarias de Italia; y hubiera sucumbido quizá, á no haberle favorecido el capitán del navio D. José Bienes franqueándole su mesa y habitacion. Aportó al fin á Córcega en donde vivió 15 meses en compañía de un cura que le hizo el favor de llevarlo á su casa. Allí en medio de la miseria, y de los horrores de un sitio en que le faltaba á estos espatriados hasta el agua que reserbaba para sí la guarnicion, supo dar pábulo á su genio estudioso, y halló tiempo para traducir á nuestro idioma las *Cartas del abogado Constantini*, aprendiendo al mismo tiempo la lengua toscana.

Poco despues los franceses le hicieron evacuar la isla con los demas compañeros, obligándoles á embarcarse en las naves que habían traído á Córcega la guarnicion: viéronse entonces en un compromiso bien apurado, pues la república de Génova les impedía el desembarcar, y los franceses les apremiaban á desocupar los navios. En aquel conflicto les fue preciso alquilar unas embarcaciones viejas que estaban desarboladas en el puerto, y allí se acomodaron como pudieron: al fin, habiéndoles permitido saltar á tierra despues de bastante tiempo, se dirigieron á Bolonia, punto que se les habia designado.

Tocóle al P. Isla alojarse con otros muchos en una casa de campo llamada *Crespalano*: allí permaneció dos años bastante bien respecto de las incomodidades pasadas: durante aquel tiempo se entretuvo en escribir y consolar á sus amigos, y traducir varias obritas italianas; como tambien algunos tratados en vindicacion de la literatura española, muy abatida en el concepto de los académicos italianos. Pero donde mas se dedicó á este trabajo fue en Bolonia á donde se trasladó despues y donde puso muy en su punto las glorias literarias de nuestra nacion, aprovechando la mucha deferencia que le habia adquirido el célebre nombre de autor del *Gerundio*: á esta celebridad mereció el verse rodeado y obsequiado de todas las personas notables de aquella ciudad. Pero á pesar de eso su franqueza le originó un disgusto que fue de los mayores que tuvo en su vida.

(Se concluirá.)

LA TORRE DE BEN-ABIL.

NOVELA.

(Véase el Semanario del domingo anterior.)

II.

EL PADRE Y EL HERMANO.



En frente de la casa de la calle del Algarbe, que hemos presentado en el capítulo anterior á nuestros lectores, están parados diversos grupos de gente del pueblo. Con vehemente gesticulacion pero en voz baja, y señalando á la puerta, hablan mujeres y hombres disputándose, aplaudiéndose, pasando de un entusiasmo á otro con la viveza característica de su origen africano. Sin embargo grandes diferencias distinguen á estos corrillos. La raza conquistadora no ha tenido tiempo de mezclarse aun con la raza vencida, y un encono ardiente, implacable, aunque sofocado por el temor separa á los antiguos señores de la ciudad, de las rudas é insolentes familias de los invasores. Hacíase de notar el cristiano por sus cabellos rubios, sus azulados ojos, sus anchas espaldas y su aire guerrero; contaba en lengua desconocida y tosca, con ademanes groseros, los acontecimientos de la tarde, inclinándose respetuosamente cuando con aire contrito pasaba algun preste para entrar en casa del Adelantado. Mas lejos conversaban algunas mujeres de larga saya y blanca toca, parando á los hombres de armas que entraban y salian continuamente, llevando y trayendo órdenes de los caballeros; mientras los corros de los moros, cada vez mas numerosos é inquietos ocupaban el arco de la muralla, y todas las callejuelas que se estienden hoy de derecha á izquierda hasta la plaza de Plateros, entonces del Aljaysar: envueltos en sus blancos albornoces, tendidos ó de pie bajo las ventanas de las casas, hablaban entre sí de negocios al parecer muy importantes, porque en sus miradas, en sus gestos habia una exaltacion poco comun á los indolentes y afeminados moros de Andalucía.

«¡Alah akbar!» decía un anciano sarraceno, cuya poblada barba, blanca como la nieve, inspiraba respeto y obediencia. «Esos perros cristianos han celebrado el último Ramadán en la ciudad santa. El alfange del profe-

ta vá á caer sobre sus malditas cabezas, y el estandarte de la luna flotará otra vez sobre la mezquita profanada. Dios es grande.



— «El infiel está apurado», respondía otro cuyos centelleantes ojos se fijaban con ansiedad en la fachada de la casa fronteriza: la perla de su collar, la granada de su jardín está en poder de nuestros hermanos; y á buen seguro no irán á buscarla á la montaña.»

— «Que vayan»: replicaba un joven árabe casi sin bozo en el espresivo semblante. «Que vayan, y veremos que encuentran á su vuelta: las cabezas de sus mujeres y de sus hijos coronarán las almenas de la ciudad, y el silbido de las flechas sarracenas sonarán con mas fuerza que las dulzainas y chirimías para saludar su vuelta. No, no irán.»

— «Allá está mi casa: miradla: mis jardines, mis baños, mi harem, todo ha sido presa del bárbaro godo: mis jóvenes odaliscas han sido entregadas á esos rudos guerreros, y los clavos de hierro de sus borceguetes destrozan mis pavimentos de alabastro y ébano. Mi hogar ha sido profanado por esos perros, y la sangre de mis padres ha corrido en los estanques de las fuentes. Yo podía haberme reunido con los Gazules en la montaña: pero he preferido arrastrarme en la miseria por clavar algun dia el puñal en el pecho de ese Gonzalo de Vargas, cuyo penacho insolente descuella entre las filas de sus soldados. Y ese dia vá á llegar. ¡Oh, si los infieles saliesen! El consejo de sus gefes se prolonga demasiado: la ofensa que han recibido no tiene perdón: que busquen al águila en su nido, y sus garras arrancarán el corazón de los cazadores. ¡Cuánto han sufrido esos orgullosos cristianos en las justas de ayer tarde! ¡con qué destreza envolvian nuestros ginetes á esos soldados cargados de hierro, sin corazón, sin alma, fuertes como los elefantes, y estúpidos como los camellos! Ruy Diaz estaba pálido de cólera al ver vencidos sus mejores caballeros por la flexible lanza de Aben Gazan. Y su hija.... su hija es ahora la

odalisca de un moro, esclava como una africana en la soledad de su harem.»

«¿Y viste, replicó el anciano, viste Muza cuan certeras cayeron nuestras flechas sobre los soldados de la puerta de Gulhamar? pues si saliesen.»

«Si saliesen, Muza, no volverían.... pero....»

Aquí la conversacion fue interrumpida por la llegada de algunos hombres de armas encargados de despejar la calle: sacudiendo fuertes garrotazos con el asta de su lanza sobre los espantados moros, hicieron retirar á todos los ociosos que ocupaban el recinto: el grupo en que poco ha oímos hablar á Muza y á Almanzor se perdió un momento entre la turba fugitiva, volviendo á aparecer luego en la esquina del torreón.

— «Van á salir: el consejo se ha acabado, y de su resolución depende todo....»

Lentamente iban saliendo en efecto los caballeros castellanos, llevando detrás un page con la lanza y el escudo. Algunos monjes y prestes con hábitos negros y desnuda la cabeza se retiraban tambien con los ojos fijos en tierra, que no levantaban ni aun para responder á los respetuosos saludos de los soldados. Cada uno se dirigió á su habitacion: la calle quedó en silencio por algun tiempo, y solo se oía la acompasada marcha de los centinelas que con lentos pasos cruzaban la plaza hasta el arco del muro.

Largo rato habia pasado desde la disolucion del consejo, cuando dos guerreros salieron de casa del adelantado, envueltos en largos mantos pardos con broches de oro: aunque estaban cubiertos sus vestidos, se conocian sin embargo en la riqueza de los brillantes cascos, coronados de anchurosos y flotantes penachos la alta clase de sus dueños; los soldados los saludaban con respeto al oír

el santo y la seña que pronunciaban con voz firme y un tanto imperiosa: á la derecha iba el mas anciano; y no era fácil conocer que lo era, porque su paso marcial y altanero no se resentia de la inseguridad y flaqueza de los años: pero su largo vigote casi blanco que no encubria del todo la capa que lo envolvía señalaba un hombre que se acerca á la vejez. El jóven guerrero que le acompañaba algo más flaco, y de mas elegante aspecto hacia resonar sobre las piedras sus espuelas de un modo que denotaba impaciencia y cólera. Estaban cerca del torreón, y el anciano decia en voz baja á su compañero.

«Calmate, Rodrigo: las empresas mejor combinadas se pierden por sobrada precipitación. Por la corona de Cristo; ¿crees que anhelo menos que tú la venganza? ¿crees que mi corazón está helado por los años, ó me juzgas insensible á la infamia de mi casa?»

—«Pero señor, replicaba el jóven, señor, ¿comprendéis que el infiel tiene á estas horas á Inés entre sus malditos brazos, comprendéis que es su esclava, su concubina, el juguete de los impíos hijos de Mahoma?»

—«Vive Dios», exclamó irritado el viejo; vive Dios, que si hablas otra palabra que dé pábulo á la hoguera de rabia que me devora, arranque tu lengua á mis manos sin reparar que eres mi hijo. ¡Silencio! veremos pronto quien prueba mas su ardor en la batalla. Para nosotros no hay ya mas que venganza inexorable. Tu hermana Inés no pertenece al mundo: el convento la espera, si nuestros esfuerzos la arrancan de manos del infiel: con ella pierdo la esperanza, el consuelo de mi vida... pero si muriese antes de vengarme...»

—«Entiendo, señor, si murieseis, ni mis ojos se cerrarian, ni descansaria mi cuerpo hasta rociar vuestro helado cadáver con la sangre del moro.»

«Pues bien Rodrigo: vamos á ver á Gonzalo de Vargas: mañana antes de amanecer deben salir las tropas: los pasos de la montaña están mal guardados porque no creen los moros que podremos aventurarnos fuera de la ciudad para buscarlos en sus guaridas: caeremos como el rayo sobre ellos, y dueños de aquellos difíciles barrancos no encontraremos obstáculo que nos impida llegar á la torre de Ben-Abil... Entonces... la venganza es mia, solo mia... Sobre todo que los habitantes de esta ciudad inquieta, que esos perros que todavía lloran sobre los sepulcros de sus padres no sepan nuestra partida hasta que nos vean volver arrastrando las cabezas de sus hermanos á las colas de nuestros caballos. Preparadlo todo con el mayor silencio y reuniones...»

Al llegar aqui, los ecos de las voces se perdieron completamente. Muzá y Almanzor siguieron en silencio esperando oír algunas palabras mas: pero el tono en que hablaban los dos cristianos, y la distancia cada momento mayor que los separaba, hacian ya inútil su vigilancia y su acecho.

«Lo has oído? dijo Almanzor temblando de rabia.
—«Lo he oído» replicó Muzá con afectada tranquilidad. El tigre juega de antemano con la presa que aguarda... pero es en sueño... mañana vendrá la realidad... Corre: en este mismo instante deben salir todos los hombres disponibles... las armas están en la bóveda secreta de la mezquita... La mina y el portillo están abiertos... Uno á uno... Cuando esteis fuera de las murallas, envia corredores en todas direcciones para dar la alarma... Ocúltate en las gargantas de la sierra... Yo no puedo ir consigo: aun me falta que hacer en la ciudad: pero no temas: la luz del alba me verá á tu lado en las alturas de Gil-al-bin.

CRÍTICA LITERARIA.

REVISTA TEATRAL.

(Conclusion. Véase el número anterior).



Asando á hablar ahora del drama del señor Don Antonio Gil y Zárate titulado DON ALVARO DE LUNA, no podemos menos de hacer notar ante todas cosas el grande esfuerzo que supone, haber acometido un asunto que no es teatral por su naturaleza, porque ni es propio para remover los afectos íntimos del corazón, ni puede empeñar la curiosidad, como quiera que el funesto término de la privanza de Don Alvaro, que sirve de desenlace al drama, es de muy pocos ignorado. Hacer, por otra parte, base del plan el cuadro de las intrigas y arterias con que un cortesano ambicioso acelera los últimos instantes de un valimiento ya moribundo, es haber ido en pos de la dificultad por el placer de combatirla. No debe inferirse de esto que nosotros pensemos como los críticos franceses del siglo XVII que no comprendian que pudiese interesar una fábula dramática cuyo principal resorte no fuese el amor. Nuestra aversion á todo dogma esclusivo y extremo nos hace desaprobador este abuso sistemático y convencional, con tanta mayor convicción, cuanto que el teatro griego, norma infalible de la literatura dramática francesa de la citada época, presenta varios ejemplos de producciones en cuya trama no interviene el amor, entre los cuales ocupa el primer lugar el *Filoctetes* de Sófocles, en el cual son hombres todos los personajes. Nosotros juzgamos á todos los afectos y pasiones capaces de inspirar interés; pero no desconocemos que los sentimientos tiernos son los de efecto mas fácil y seguro en la escena, y por eso admiramos el tino y genio del señor Gil de Zárate, que tanto partido sabe sacar aun de aquellos asuntos que estriban en intereses puramente políticos.

Difícil seria seguir paso á paso la marcha complicada del DON ALVARO, y no lo consintieran, por otra parte, los estrechos límites á que estamos circunscritos. Nos contentaremos, pues, con apuntar nuestras principales observaciones. El pensamiento fundamental del drama consiste en presentar el carácter histórico de D. Alvaro de Luna; pero ¿es siempre el D. Alvaro del drama aquella figura colosal é imponente del reinado de D. Juan el Segundo? ¿Nos ha mostrado el autor en todo el discurso de la obra á aquel valido astuto, audaz, soberbio y ambicioso que la tradición y el sentir de sus contemporáneos nos han transmitido? Forzoso es confesar que D. Alvaro despliega en algunas situaciones toda la importancia y solemnidad de su carácter histórico; pero este mismo carácter está en otras algun tanto desnaturalizado. Unas veces manifiesta la arrogancia enfática de un palacio entronizado, mas bien que la firmeza y seguridad de un hombre acostumbrado por espacio de treinta años á ver acatada su voluntad cual la suprema ley; y otras se muestra mas débil de lo que conviniera á su engrandecimiento y poderío. En el tercer acto ruega con sobrada humildad al marqués de Villena que le devuelva su hija, y el espectador vé con disgusto á D. Alvaro reducido á semejante humillación. El valido sabe muy bien que Don Juan Pacheco es inflexible, singularmente con respecto á aquellas cosas que pueden entorpecer el vuelo de sus ambiciosos deseos, y á pesar de los impulsos del

amor paternal, no debe, en nuestro dictamen, perder su natural violencia. Creemos, en una palabra, que la escena VI de dicho acto debiera empezar por donde acaba, esto es, amenazando al condestable al de Villena.

El carácter de D. Juan Pacheco está magistralmente bosquejado en la bella escena última del primer acto; y es tan bello y vigoroso en esta situación, que oscurece el de D. Alvaro, su competidor. Pero en el resto del drama no es más que un intrigante vulgar, y el taimado y sagaz cortesano se convierte en la escena II del acto cuarto en un imprudente y difuso declamador. No comprendemos por que se ha desentendido el autor del personaje de la Reina, que como enemiga de D. Alvaro, hubiera sido en nuestro sentir el agente más natural, y al mismo tiempo el más poderoso y dramático para hacer frente á la preponderancia del privado. D. Juan-el-Segundo es casi siempre aquel monarca débil, juguete de sus cortesanos, más dispuesto á ocuparse de las perfecciones de una trova que de la ventura de sus pueblos. Pero este mismo carácter tímido y apocado hace á nuestros ojos inverosímil la entrevista que tiene con Don Alvaro en la prisión, entrevista que fuera de esto, hubieran sabido evitar los enemigos del Condestable. La mirada de Don Alvaro debe tener un poder irresistible y fascinador para el que ha sido por tantos años esclavo de su voluntad, y el rey, subyugado por la grandeza y elevación de alma que manifiesta el valido en los últimos instantes de su vida, debe estar decidido á perdonarlo á toda costa desde el momento en que se resuelve á verlo, y no manifestar la tenacidad impropia y mal fundada que desplega, aguardando para concederle, á que D. Alvaro implore su perdón.

El asunto es causa de que el desenlace no despierte en manera alguna el interés del espectador. Todos saben de antemano el paradero que aguarda al Condestable, y falta por consiguiente en toda la composición aquella grata incertidumbre que es la fuente del interés dramático.

La estructura del DON ALVARO nos parece en general bastante acertada, bien que inferior á la de la *Rosmunda*. Las cualidades que sobresalen en el drama, son, á nuestro entender, la belleza de algunas situaciones, la elección y enlace de la mayor parte de los pormenores episódicos, la elevación moral de las ideas, las galas del lenguaje poético, y el giro teatral de la expresión. En esta última parte no conocemos rival al señor Gil de Zárate.

Poco diremos de *EL PELO DE LA DEHESA*, una de las obras más notables del señor D. Manuel Breton de los Herreros. El público conoce ya la índole de este escritor, y la comedia citada tiene todas las grandes bellezas y la mayor parte de los defectos de sus anteriores producciones. Abunda en situaciones cómicas, la versificación es rica y fluida, el diálogo natural, inimitable, y los chistes innumerables. Pero adolece de falta de vigor é invención en la intriga, de mala disposición en la estructura, y de exageración é impropiedad en los caracteres. Y estos defectos no nos parecen de modo alguno disculpables en el señor Breton, porque estamos persuadidos de que le sobra ingenio para evitarlos y que solo la falta de meditación puede hacerle incurrir en ellos. Las comedias tituladas *Muérrete y verás*; *No ganamos para sustos*; *¡Una Pieja!*; la que ahora nos ocupa, y alguna otra, prueban evidentemente que el autor no desconoce el arte de conducir la fábula y que sabe prestar á sus planes cierto grado de intención moral ó filosófica, empleando las armas de la ridiculidad y del escarnio contra los vicios de la sociedad. Pero uno de los

mayores males de que se resiente en el día la literatura es la precipitación y poco estudio con que se escribe; parece que los escritores miran como primer título de gloria el número y no la perfección de las obras, malgastando en vanos ensayos un ingenio que bien aprovechado pudiera producir modelos, y poco les inquieta que la sana razón condene sus obras, ó que la posteridad haya de juzgarlas, con tal que su nombre y sus escritos fatiguen las prensas diariamente. Estas reflexiones nos parecen tanto más justas con respecto al señor Breton, cuanto que no contento en sus últimas comedias con hacerse dueño de la risa del auditorio, como tantas veces lo ha conseguido, sin más auxilio que la naturalidad y brillante versificación del diálogo y la abundancia de los chistes, ha procurado dar á la acción cierto enredo y movimiento, y elegir para base del plan la demostración filosófica de alguna verdad ó la corrección de algún extravío.

Esta misma laudable tendencia se advierte en *EL PELO DE LA DEHESA*; pero en la disposición del argumento se notan algunas inconexiones hijas sin duda de falta de meditación. El carácter de D. Frutos, que constituye por sí solo el pensamiento fundamental de la comedia es indeciso y poco consecuente. Unas veces es un labriego zafio, intratable y estúpido, que desconoce todo miramiento, que ignora hasta las cosas más triviales que dicta el sentido común: otras un hombre, tosco, sí, pero discreto, sensible y generoso. Así se manifiesta en la escena XI del segundo acto cuando oyendo decir que al día siguiente han de firmarse los contratos esclama:

Jamás igual regocijo
en mi corazón sentí:
la amaré á usted como un hijo
y como un esclavo á tí.

.....
Es tosca mi educación
para aspirar á tal moza,
yo te hago esta confesion;
pero tengo un corazón
como de aquí á Zaragoza.

El encontrará camino
de agradar á mi mujer:
para amar con desatino
no creo que es menester
que uno sea lechuguino.

En lo que yo no este ducho
corrige tu mis maneras,
verás que dócil te escucho.
Tú harás de mí lo que quieras....
siempre que me quieras mucho.

Así con igual placer,
luego que al pié del altar
me digas: soy tu mujer,
tu me enseñarás á hablar;
yo te enseñaré á querer.

Este lenguaje apasionado sin lima y sin artificio alguno es perfecto en boca de D. Frutos, y si constantemente fuese su carácter el que manifiesta en este lúcido intervalo, no apartaría de sí ni un instante el interés del espectador, como en no pocas ocasiones sucede. Si Don Frutos en vez de condenar, indistintamente, cual Jo hace, todas las costumbres de la corte, no tanto por no ser juiciosas como por no ser las suyas, hiciese algunas concesiones, y acabase á pesar de ello por convercense de que:

no se cambian las costumbres
como se cambian las modas,

y de que no pueden vivir en union dichosa personas cuya educacion, hábitos y aficiones son tan diferentes, entonces la leccion filosófica de la comedia seria más palpable y eficaz todavia.

Los demas personajes están tambien poco estudiados. La marquesa no habla siempre en el tono que corresponde á su clase. Doña Elisa, que en el acto primero manifiesta profesar á D. Miguel la mas cordial indiferencia y que replica á la criada, cuando esta le advierte que aquel esperaba de un dia á otro el ascenso á capitán:

Aun así,

fuera mucho atrevimiento,
siendo yo hija de un marqués,
que aspirase á ser mi dueño,

sale despues, sin saber por qué, con el mismo D. Miguel á implorar á las plantas de su madre, como una heroína de novela, la aprobacion de su casamiento. El personaje de D. Remigio es inútil para el argumento; pero divierte, y nosotros no nos atrevemos á condenar lo que escita la risa del espectador.

Esta comedia abunda en situaciones cómicas, como casi todas las del autor. Es felicísima la escena VIII del cuarto acto, en que Elisa y D. Frutos, convencidos ya de los inconvenientes que acarrearía su matrimonio, se deciden á romperlo, y al mismo tiempo se niega cada uno de ellos por razones particulares á tomar la iniciativa en tal resolucion. Tambien es ingenioso el medio que emplea el autor para sacar á D. Frutos de su apurada situacion, haciéndolo acreedor de la marquesa.

Despues de estas ligeras observaciones, repetiremos al señor Breton de los Herreros lo que ya en otra ocasion le hemos dicho: que debiera emplear su privilegiado ingenio en estudiar con mas empeño la alta comedia de Molière. Su mérito principal consiste hasta ahora mas que en la pintura del corazon humano, en las agudezas del diálogo, en la pintura local de las costumbres, y en el feliz manejo de los modismos del lenguaje social. Puede aplicársele lo que decia un célebre crítico hablando de Regnard: *il ne fait pas souvent penser, mais il fait toujours rire.*

Para terminar este artículo, haremos mencion de EL ZAPATERO Y EL REY, drama del señor D. José de Zorrilla. Este distinguido jóven se ha propuesto emplear su imaginacion creadora y vigorosa en imitar las producciones de nuestro teatro antiguo, y cada uno de los pasos que dá en la carrera dramática, es una nueva prueba de su acierto y habilidad. En su último drama, que á un argumento bien combinado reúne notables prendas de estilo, ha tratado de presentar el carácter histórico de D. Pedro-el-Cruel. No aseguraremos nosotros que lo haya completamente conseguido; pero no titubeamos en elogiar el esmero que ha empleado el señor de Zorrilla en dar al violento carácter de aquel monarca un colorido menos odioso que el que la tradicion le atribuye. Gran cordura ha manifestado, en nuestro sentir, el autor, no juzgando las acciones del siglo XIV segun los principios del nuestro. Las atrocidades de D. Pedro, no fueron, como se ha supuesto, crímenes cometidos, por el deleite de cometerlos, sino justicias implacables y sangrientas venganzas que no desdecian de las costumbres del tiempo, y que estaban autorizadas por la horrible política que reinaba á la sazón en todos los tronos. Sin contar á Carlos-el-Malo, «zote de Navarra», otros dos Pedros, Pedro I de Portugal y Pedro IV de Aragon, tiranizaban la Península, y acaso era D. Pedro-el-Cruel el mas humano de los tres. La historia tiene sus predilecciones y sus antipatías. «Juan rey de Francia», dice Voltaire en el *Ensayo sobre las costumbres*, «que habia asesinado á su Condesta-

ble y á cuatro señores de Normandía, fue apellidado «Juan-el-Bueno, y la historia llama cruel á Pedro de Castilla, sin considerar que subió al trono á la edad de diez y seis años, y que debieron torcer sus naturales inclinaciones la lisonja y la falta de freno.»

La justicia de la historia se asemeja á veces á la del destino, de la que dice Juvenal:

*Committunt eadem diverso crimina fato;
Ille cruce sceleris pretium tulit, hic diadema.*

Por el mismo crimen, á uno la corona, á otro el cadalso!

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

POESIA.

MI VIAJE AL LUGAR.

Hay momentos desgraciados en que nada sale bien,

y en que parece que inspira los pensamientos Luzbez;

Momentos de Purgatorio tan malditos de cocer, que deben tenerse en cuenta para otra cuenta despues.

En ellos de nada sirve la ignorancia ni el saber, ni meditar á derechas, pues todo sale al revés;

Y sin embargo en momentos tan ciegos yo pensé, (y pésame haber pensado disparate como aquel.)

Pensé viajar, correr tierras... por el espacio de un mes, y ver si con otros aires llegaba á robustecer.

Pensé olvidarme de versos, de teatros, de cafés, de amigos, de golosinas... y de otras cosas tambien;

Y en la soledad del campo entre tomillo y laurel, pensé encontrar todo aquello que aquí en la Corte no hallé.

¡Pero ay... que mi pensamiento, segun he visto despues, solamente me ha servido para mas enflaquecer!

Empuendí mi caminata caballero en un corcel de la raza del de Sancho, símbolo de pesadez;

Famoso rucio rodado... y tan rodado de pies, que en el puente de Toledo por poco ruedo con él.

Allí en aquellas alturas nos dió el viento tal vaiven que yo me temí un naufragio, y encallar con mi bajel.

Pero sopló de babor con un cierto ten con ten, que nos llevó de bolina por la via de Aranjuez;

A veces á todo trapo tomando el rizo otra vez, y amainando otras, me pude hasta entonces sostener;

Mas un tábano picó por la popa á mi bajel,

y este alzándose de quilla
me arrojó por el *baupres*.

¡Maldito insecto, que me hizo
volar en un santi-amen,
y por poco me desnucó
ó me quebranto la nuez!

Con este y otros trabajos
al pueblo por fin llegué,
y en él creció por desgracia
mi pasión... ¡cómo ha de ser!

Fuíme á casa de un tal Pedro
que hacia de alcalde y juez,
á quien conocí de niño,
y me ha pesado despues.

Al verme me abrazó Pedro
con tanto amor y estrechez,
que dudo que mas hiciera
el rey D. Pedro el Cruel.

Cinco minutos estube
entre Pedro y la pared,
intentando, pero en vano,
poder desasirme de él.

No hubo medio, me apretaba
el labri-go con tal fé,
como si fuera á cargar
con algun costal de mies.

Mas quiso Dios que alojára,
y apenas yo respiré,
me llevó casi á empellones
do estan an sus hijas tres.

Las tres cari-acutecidas
se pusieron á la vez,
y yo cari-acongojado
ante ellas me presenté;

No hubo muchas ceremonias,
ni el *reconózcame usted...*
porque allí los cumplimientos
sobran, y sobran muy bien.

Fuese Pedro, y me dejó
ante aquel rústico haren:
de hito en hito me miraron,
callaron, y yo callé;

Mas apenas el silencio
osado quise romper,
se me volvieron cotorras
de Pedro las hijas tres.

Una de ellas, sospechando
que me hacia gran merced,
me apostrofó en estos términos...
«¿qué flacucho que está usted...»

Y yo no encontrando en mí
indicios de robustez,
le respondí agradecido

«Si flacucho, verdad es...»

— ¿Y hay en *Madrid* muchas fieras? —

— ¿Fieras? haylas á granel. —

— ¿Y muy grandes? — Como ustedes...!

Las alcanzáran á ver...

— ¡Ay Jesus! —

— No, no hacen daño —

— Y algunas tendrán tambien
muchas patas. —

— Todas andan
como ustedes, en dos pies. —

— ¿Y qué estilan las *usías*? —

— Lo mismo que las *usted*. —

— Llevarán adornos de oro. —

— Con efecto, de oro-pel. —

— Irán á misa en calea. —

— No se quieren esponer;

Las que van, son solamente

usías de Lavapiés. —

Y á tan pulidas preguntas

precisado á responder,

me hallaba mas sofocado

que entre los brazos del juez.

Por fin concluyó la plática

con invitarme las tres
para un baile aquella noche,
y yo por tal lo acepté.

Era un baile por convite
en casa del tío Tonel,
porque diz que se casaba
un hijo de su mujer.

Y apenas oscureció
allá me fui con las tres,
y en una cuadra encontramos
de mozelas hasta diez.

Al verlas muy cortesmente
á todas las saludé,
y para ello usé la frase
de «Beso á ustedes los pies...»

Mas nunca lo hubiera dicho,
porque un gañan como un buey
salió detras de un pesebre,
se plantó, y dijo: «Oiga usted;

Aquí no se besa á *naide*,
porque por vida de quien,
que aunque soy un animal
yo me las sé componer.»

Dijo, y dando media vuelta
y recogiendo los pies,
se volvió muy satisfecho
á su pesebre otra vez.

En esto paró aquel litis:
siguió el baile... ¡pero que,!
si en mi vida he visto danza
mas parecida á tropel.

¡Qué brincos! ¡y qué patadas!
¡Coces eran, bien lo sé!
porque una me señaló
con los cuartos del envés.

Aquella era danza estraña,
y por sus giros noté,
que mas que baile español
era cafre ó iroqués.

Yo me sentí indisplícite,
y á estar tan malo llegué,
que tomé por buen remedio
salir del infierno aquel.

Mas quiso Dios infinito
y quiso... y no sé porque,
dar un tiento á mi paciencia,
y la probó á su placer.

Me puse enfermo; y el médico
por mí mal vino despues,
y vi que el tal, en conciencia
ni albeitar debiera ser.

Pues como dice Gil Blas
de Sangredo, este tambien
la tiguera de las Parcas
conservaba en su poder.

Un purgante me mandó
para suavizar la piel,
Sangrías para sudar,
con calentura comer,

Para aprietos de garganta
dispuso me dieran té,
y para un dolor de estómago
me mandó baños de pies.

No esperé á ponerme bueno,
al punto el lecho dejé,
y débil, aquijotado,
á buscar fui mi corcel;

Y huyendo de los gañanes,
y de las mozas tambien,
y de bailes, y boticas,
y de médicos y juez,

Me despedí de aquel pueblo
por siempre jamás amen,
y alegre tomé el camino
para la corte otra vea.

T. RODRIGUEZ RUBI.